El oficio de atar los puentes

Texto original · Shyvirelle · relatoscortos.org

En el valle de Arda, un puente no empezaba a construirse con madera. Empezaba con una frase.

Los obreros colocaban las tablas sobre el barranco, sujetaban las cuerdas a grandes estacas y esperaban a la persona encargada del nudo principal. A veces era un anciano con los dedos endurecidos, otras una aprendiz que aún no sabía esconder el miedo. La trenzadora pedía una promesa concreta a cada orilla. Solo entonces cerraba el nudo, y el puente sostenía su peso.

Nara había aprendido de su abuela que las cuerdas no distinguían la bondad de la mentira. Si una persona prometía guardar una lámpara encendida hasta que regresara el último viajero y la apagaba antes, la cuerda empezaba a deshacerse. Si prometía una tarea pequeña y la cumplía, el puente resistía el viento, la lluvia y las dudas de quien lo cruzara. Los nudos no premiaban intenciones: sostenían obligaciones.

En otoño, cuando las aguas subieron y el puente viejo de Risco Alto quedó demasiado estrecho para las carretas, el alcalde convocó a Nara.

—El valle necesita un puente digno de un reino —dijo—. Uno por el que podamos pasar todos sin estar negociando cada tabla.

La recibió con un sello real y una carta de nombramiento: «Maestra de las travesías de Arda». El cargo incluía taller, salario y una habitación sobre el ayuntamiento. Nara, que llevaba años trabajando bajo un techo que goteaba, aceptó.

—Con una condición —dijo—. Los compromisos deben poder medirse. No puedo atar «que todos sean felices» ni «que nadie vuelva a discutir».

El alcalde se rio.

—Ni falta que hace. Yo me encargaré de los compromisos grandes.

Los dos pueblos, Risco Alto y Prado Bajo, habían vivido siempre uno frente al otro, separados por un barranco que el agua volvía profundo cada primavera. La gente de arriba llevaba harina a los hornos de abajo. La de abajo enviaba madera para reparar las casas de arriba. Ninguna orilla podía vivir mucho tiempo sin la otra; ambas recordaban, sin embargo, cada vez que la otra había incumplido un acuerdo.

Nara reunió a los vecinos frente al puente nuevo. El carpintero de Risco Alto prometió instalar seis tablones antes del fin de semana. La panadera de Prado Bajo prometió mantener un farol de aceite encendido las cuatro noches siguientes. Cada uno dijo su frase sin adornos. Nara hizo dos nudos, probó la tensión y cruzó con un saco de piedras. Las cuerdas cantaron, pero no cedieron.

Durante un mes, el puente soportó las carretas ligeras. Cada promesa concluida podía renovarse por otra. Cuando la panadera enfermó, avisó con tiempo; otra vecina asumió el farol y Nara rehízo el nudo antes de apagarlo. Así funcionaban las travesías: no por el prestigio de quien hablaba, sino porque los trabajos tenían nombre, plazo y manos.

El alcalde se impacientó. En la feria del valle, ante comerciantes y visitantes, anunció que repararía todos los caminos de ambos pueblos antes de la primera helada. Añadió que esa promesa, pronunciada en nombre de la corona, sostendría cada puente sin necesidad de acuerdos pequeños.

Nara oyó las palabras desde el fondo de la plaza. Intentó acercarse, pero la música ahogó su advertencia. El alcalde hizo llevar su sello hasta las estacas y ordenó atar la promesa real a los nudos principales. Tres ayudantes cumplieron la orden antes de que Nara pudiera detenerlos.

La cuerda se tensó tanto que los tablones crujieron. Durante un instante todos celebraron: el puente pareció más firme que nunca.

En el primer día de helada, el camino del molino seguía hundido. Las ruedas de una carreta no pudieron pasar por allí, y el nudo del puente de Prado Bajo perdió una vuelta. Dos jornadas después, cuando la nieve impidió reparar la subida a Risco Alto, se soltó la cuerda del puente del mercado. Cada obligación concreta incumplida dentro de aquella promesa total quitaba tensión a la misma cuerda, como si una mano invisible deshiciera la labor del verano.

—Repararé los caminos que faltan —insistió el alcalde.

—Ya lo prometiste —respondió Nara—. No puede mantenerse un puente con la promesa de que pronto cumplirás la promesa anterior.

Los ayudantes colocaron cuerdas nuevas sobre las viejas. No sirvió. Una cuerda sin obligación propia era solo cuerda. Las caravanas quedaron detenidas; la panadería no recibió harina durante dos mañanas; un enfermo tuvo que esperar al otro lado del barranco a que lo recogieran por un sendero largo y helado. Nara vio a dos niños cruzar una pasarela rota para llevarle sopa. Sintió una vergüenza peor que la del fracaso: había cobrado por supervisar una obra que ahora ponía a otros en peligro.

Llevó las cuentas al despacho del alcalde. Había diecisiete caminos, tres puentes y apenas seis cuadrillas. Aun sin nieve, cumplirlo todo antes de la helada habría sido imposible. El alcalde escuchó los números y luego miró su sello.

—Si retiro mi palabra, la corona pierde autoridad.

—Si no la retiras, el valle pierde sus puentes.

—Tú eres la maestra. Encuentra una cuerda que sostenga lo que prometí.

Nara volvió al taller, donde las bobinas colgaban como serpientes dormidas. Podía hacer una cuerda más gruesa. Podía trenzarla con alambre. Nada de eso convertiría una obligación imposible en una posible. Su abuela había dejado escrito, en el margen de un viejo manual, que un nudo aceptaba la carga de una promesa, no el peso de una corona.

Nara examinó su propio nombramiento. Ella había prometido mantener abiertos todos los cruces del valle mientras estuviera al servicio del rey. Había aceptado esa frase sin discutirla, deslumbrada por la habitación seca y el sueldo. La promesa tenía el mismo defecto que la del alcalde: ninguna persona podía cumplirla sola.

Al amanecer llevó el documento a la plaza. Delante del alcalde y de los vecinos, rompió el sello de cera que unía su nombre al cargo.

—Renuncio al nombramiento. No puedo garantizar todos los puentes y no seguiré fingiendo que sí.

La habitación y el taller volverían a manos del ayuntamiento. Nara tendría que pagar de sus ahorros la cuerda que había comprado con cargo a la corona, porque parte del material ya no se podría recuperar. El alcalde la llamó desleal. Nadie más habló.

Nara pidió permiso para hacer un puente estrecho, solo lo suficiente para personas y cargas de mano. No reclamó una promesa general. Invitó a cada pueblo a decir en voz alta qué podía sostener durante la semana.

La carpintera de Risco Alto ofreció tres tablones antes del viernes. El molinero de Prado Bajo se comprometió a transportar la madera hasta la orilla del mediodía. Dos vecinos de arriba acordaron revisar la fijación cada mañana; dos de abajo, mantener libre de barro el anclaje opuesto. Una mujer que no podía cargar pesos prometió encender el farol durante las noches de trabajo. Otros decidieron que no podían comprometerse todavía y se quedaron escuchando. Nara no los señaló.

Puso una cuerda delgada sobre dos apoyos seguros. La primera obligación quedó atada a una argolla. La segunda, a otra. Los nudos no brillaron, no surgió una música de triunfo. Simplemente se cerraron y resistieron cuando Nara apoyó un pie en la primera tabla.

—Es demasiado angosto —dijo el alcalde, observando la pasarela.

—Para carretas, sí. Para llevar harina y medicinas al otro lado, no.

—¿Y si uno de ellos falta a su palabra?

—Veremos qué nudo se afloja y cuál debe rehacerse. Lo sabremos antes de que caiga todo.

El alcalde no firmó nada. Dio media vuelta y se marchó con sus acompañantes.

En la primera travesía, el molinero transportó un saco de grano sobre los hombros. No podía cruzarse con otra persona y tuvo que esperar en un ensanchamiento de madera para dejar pasar a una niña. La niña llevaba una lámpara apagada: la panadera, todavía enferma, la había enviado para el turno de la tarde.

Nara vigiló cómo se cruzaban. Cada movimiento hacía trabajar las cuerdas y sonaban los nudos nuevos, tensos como dedos que sujetaban algo frágil. Al otro lado, la carpintera esperaba para encajar el último tablón del día. No era un puente digno de una ceremonia. Aún faltaba trabajo y el viento podía obligarlos a cerrarlo. Pero cuando el molinero llegó a tierra firme, la niña alzó la lámpara y el farol del lado contrario respondió con una luz pequeña.

Nara regresó a la orilla sin habitación ni salario. En su bolsillo llevaba un trozo de cuerda suficiente para empezar otro nudo, siempre que alguien quisiera decir exactamente qué estaba dispuesto a hacer.